



**C**ómo es o debería ser un buen profesor universitario? Seguro que todos tenemos una respuesta y seguro que muchos de nosotros no coincidimos. En lo que todos coincidimos es en las bondades de un sistema de educación superior al alcance de todos. Los resultados y la percepción social que se tiene del sistema dependen, en gran medida, de la labor académica y de gestión de sus profesores. Por todo ello, describir al buen profesor universitario va más allá de la enumeración de unas habilidades didácticas e investigadoras y se convierte, para los que somos del oficio, en un ejercicio de autocrítica, en pos de un casi inalcanzable ideal al que, sin embargo, todos deberíamos aspirar.

En primer lugar, el docente debe ser respetuoso con su institución, porque siéndolo se respeta a sí mismo y a su condición de edu-



FERNANDO SIMÓN  
CATEDRÁTICO DE PARASITOLOGÍA DE LA USAL

## ¿QUÉ ES UN PROFESOR UNIVERSITARIO?

cador. Si el papel social de la universidad consiste, tal como lo definió Ortega, en la formación de buenos profesionales, de personas cultas situadas a la altura de los tiempos, el buen profesor se distinguirá por enseñar con cariño y respeto a sus jóvenes discípulos -el futuro de esa sociedad-, ya que solo así su trabajo adquiere sentido y alcanza la plenitud. La excelen-

cia, aspiración irrenunciable para el profesor universitario se adquirirá, como señalaba Cajal, cuando el dominio de su disciplina se complementa con conocimientos en áreas afines y en Filosofía. Ello le permitirá transmitir una visión actualizada de su asignatura, en el contexto multidisciplinar del conocimiento global, así como de sus implicaciones éticas y sociales. Y

lo hará de manera tal que estimule en sus estudiantes el ansia de saber, la reflexividad, la creatividad y el sentido crítico. Pero el profesor universitario actual debe, además, investigar, transferir conocimiento, actualizarse permanentemente y ejercer cargos de gestión ¿Terminan aquí sus responsabilidades? Nada de eso. Desde sus orígenes, la institución académica ha atesorado un ideal ético, procurando la transmisión de valores personales y colectivos tan necesarios como la propia generación y difusión de conocimientos. Es indudable que muchos profesores realizan estas labores de manera encomiable, sustentados en una férrea vocación y en el convencimiento de la importancia social de su trabajo. Pero también encontramos actitudes y comportamientos que nada tienen que ver con esta sana forma de entender la academia: desapego de los estudiantes, abuso de poder,

desprecio de los resultados de otros y loas desmedidas de los propios, apropiación de méritos ajenos, creación de parcelas de influencia para mantener pequeñas cuotas de poder y arribismo son consecuencia de falta de principios, envidia, ambición sin escrúpulos y mediocridad, que conducen al anquilosamiento, la endogamia y el desprestigio de la institución.

Cuando va a cumplir 800 años, la Universidad de Salamanca se enfrenta a unas elecciones que se presumen cruciales. Tenemos la oportunidad de convertir esa efeméride en un punto de inflexión, en un salto hacia una universidad diferente, capaz de dar respuesta a los retos del siglo XXI. Es mucho lo que nos jugamos, porque como decía Wilhem von Humboldt «el poder sin la conciencia se convierte en el mayor enemigo del hombre».